

CHICHÓN, EL VENGATIVO

Por: Fresco y Batata
Mariano Pedrosa

Del tema no volvieron a hablar. Todos se sintieron sospechosos a los ojos de sus compañeros, al menos por un rato. La desconfianza es creativa y tiende al desenfreno. Para tranquilidad de todos, se les ocurrió expiar un chivo.

Cámaras de seguridad no faltan y al lugar del hecho cualquiera puede ingresar. Pero testigos no hay, pruebas tampoco. ¿Se trató de un plan o de una acción improvisada?

Chichón de suelo, con el ceño trabado como fisicoculturista, rumiaba su desengaño. Trataba de concentrarse y seguir adelante con su vida, pero el desdén y la traición enturbiaban su pensamiento.

Sus compañeros eran un corso porteño, poca gracia y poco empeño. “¡Un crimen se ha cometido!”, exclamaban como si de un asesinato se tratara. El frenético ir y venir de rumores por todas las plantas del edificio llegó a las autoridades, que prefirieron hacer gorda la vista.

A punto de ingresar en una de las oficinas, escuchó cómo le atribuían el ilícito.

¡El principal sospechoso era él!

En el vano de la puerta, el susto penetró en su cuerpo en cámara lenta. El corazón, que latía lento y perezoso, le dio un vuelco parsimonioso. Cuando su cuerpo incorporó esa voltereta, su temperamento se apaciguó y empujó la puerta: “Permiso”, dijo y su voz siguió hasta salir por la ventana sin que nadie le prestara verdadera atención. “¿Quiénes se creen que son?”, refunfuñaba Chichón, abrazado a un rencor, invisible como él.

Cesanteó sus sentidos, menos el oído. Dejó que su cuerpo hiciera el trabajo de limpieza que realizaba a diario. Se dedicó a escuchar.

- Miralo, como si nada - dijo Esther sin siquiera echarle un vistazo, buscando complicidad en su compañero.
- Lo bien que le sale hacerse el otario - aprovechó el otro, con ojos de chanco y barba puntiaguda.

- Acá no sabe el que no quiere - concluía Esther, cruzadas las piernas y fijos los ojos en la pantalla de su celular.

El barbudo se puso a rapear, bajito y sin *flow*:

*Entra chichón de suelo, de vientre robusto Cara agrietada que da
buen susto
La gente lo evita, por perro salchicha La gente lo ignora
por pancho sin ...*

- Permiso - lo interrumpió Chichón en mitad de la barra y se puso a franelear el escritorio. - Así, ni una moneda te darían en el subte - punteó con la mirada baja, acostumbrado de chico a que le hicieran *burling*.
- Andamos ocupados averiguando quién se habrá deleitado con una tarta ajena — le zampó el rapero, relojeando las famosas piernas de su compañera.
- Ocupado ando yo, que los demás se rascan - acotó, también sin poder sacarle los ojos de encima a Esther, que mantenía los suyos en su celular, como si allí habitara la felicidad, o el horror afuera.
- El tema no es menor, llegó a las autoridades... - advirtió ella, y sus pupilas subieron al techo y volvieron a fijarse en el móvil.

Las autoridades estaban en el piso superior.

- Y acá, ¿de qué se ocupan? -Chichón cambió de tema y de interlocutor, todavía no comprendía la naturaleza del trabajo que allí desempeñaban.
- Ontología forense - aclaró el rapero investigador metafísico. “El tiempo es la verdad que huye”, citó, lanzó otra mirada furtiva a esas piernas y dio una pitada a su vapeador.

Una gran nube de partículas semejantes al vapor de una locomotora antigua envolvió la escena, y todo estuvo difuso por menos de un segundo. Durante ese tiempo, el ánimo abandonó a Chichón, se sintió empequeñecer todavía más y quiso batirse en retirada. Sin embargo, al no ver dejó también de escuchar, y concluyó apresurado: “Estos estudian los dientes de los fiambres”, confundiendo la ontología con la odontología, el ser con el morder.

- Habrá que investigar todas las posibilidades, porque acá hay gato enterrado - dijo Chichón, mañoso como era, manteniendo abierto el abanico de sospechosos.

El ontólogo estaba sentado de manera tan sutil que parecía que en cualquier momento se iba a caer de culo al piso. En la silla tenía la misma altura que Chichón, aun así, se las rebuscaba para mirarlo en picada, era la altura metafísica que los separaba, creía él. En el fondo era simple racismo. Cada frase que pronunciaba, sin embargo, lo hacía orillar el ridículo:

- El criminal sabía que a ese lugar no llegaban las cámaras.
- Obvio, pero si todos sabemos, todos somos sospechosos... - replicó agudo, Chichón, y con una sonrisa bajo el brazo ahora sí se marchó, sin mirarla a ella, un poco altivo, un poco desfachatado.

-

Security Guard era una empresa de seguridad privada, pequeña, casi intrascendente. Contaba con una docena de criminalistas que asesoraban a medios de comunicación en crímenes de alta visibilidad pública. En el momento en que se suceden los hechos aquí narrados todo “el aire”, como se dice en la jerga periodística, estaba ocupado por los problemas de la economía.

Luego de la pandemia, una gran parte del staff había comenzado a hacer *home office*. Pero, últimamente, cada encuentro virtual mostraba que varios no estaban precisamente en sus hogares. Uno, tostado por el sol, se pavoneaba con una guayabera blanca y un cóctel en la mano; otro se escondía dentro de un gorro de lana, emponchado y con bufanda, como si hablara desde el ártico; había uno que había aparecido en un café oriental con un tarbush calzado en la cabeza. Esta situación caldeó el ambiente con aquellos que tenían hasta tres horas de transporte público para llegar a la empresa y otras tantas para volver a sus hogares.

El punto de quiebre sin embargo sucedió al aire, en el programa del *prime time* de un canal de cable de noticias. Mientras debatía acaloradamente los fundamentos filosóficos de la evidencia de un caso especialmente truculento que conmocionaba a la sociedad, una gran comparsa brasileña desfiló detrás del reconocido criminalista de Security Guard. “Pero, ¿dónde se encuentra doctor Occan?”, lo había interpelado la periodista un poco azorada. Y el clip se viralizó para vergüenza de la profesión, pese al dicho de que ninguna publicidad es mala.

Es decir que recién cuando los dislates de los licenciados salieron a la luz pública, las autoridades cortaron el asunto de raíz. Podía ser antipático, pero esa comparsa ponía en duda la seriedad de su honesto saber científico y la salud económica de todos. No podían ser contemplativos.

Al siguiente programa había ido Esther a ordenar el embrollo y reencaminar los análisis sesudos. Ella no era sólo la *femme fatale* de la compañía, sino también su más prometedor activo. Había ingresado para que no se los acusara de machirulos, y finalmente era la mejor comunicadora, sobre todo gran polemista, y las cámaras la querían, como decían de los programas para requerir que fuese ella la que hablara de tal o cual caso. No sólo era deseada en Security también era la envidia de sus compañeros.

En suma, hacía poco más de un mes, el personal *remoto*, en su totalidad a desgano, había vuelto a la presencialidad. Los cabildeos, los roces y hasta las bromas pesadas se adueñaron rápidamente del lugar. Un acuerdo tácito hizo de Chichón, que era el desigual, el objetivo del aguijón burlón y la broma pesada.

En esa morosidad con que pasa el tiempo cuando escasea el trabajo, una acción minúscula que en otro contexto se habría perdido en el caos cotidiano chispeó los ánimos. A causa de esas lógicas inciertas que dominan las oficinas, las noticias y también las redes, el tema escaló y escaló, pero en el limitado perímetro de Security.

Para ir al grano: de la heladera de la cocina un sujeto no identificado había hurtado una porción de tarta de acelga que pertenecía a Esther. Debido a las características del personal, todas las oficinas tenían acceso a las pantallas de seguridad. “Si nos controlamos mutuamente, ninguno hará locuras”, sostenía la lógica que impulsó la colocación del sistema de vigilancia.

Justamente por el robo de comida era que el personal había instado a las autoridades a que pusieran cámaras poco antes de que pasara el Covid y se llevara a la parte más añosa de los detectives. “Un gasto extra – pensaron arriba, sobre las camaritas –, pero si hace feliz al personal”, concedieron al final...

Durante la nueva dinámica a que obligaron los largos meses que duró el encierro y que continuó generosamente después con el trabajo remoto, las cámaras apenas registraban una serie de espacios vacíos u ocasionalmente habitados por algún criminalista en su despacho, en el laboratorio de ontología o en el baño. El piso superior no estaba cableado.

Cuando la vida, entonces, volvió a Security, y los espacios de trabajo mostraron la agitación de un hormiguero holgazán, ocurrió el robo que conocemos y que cayó unánimemente mal. La porción de tarta era de Esther, la cabecilla del grupo de bromistas.

Fue entonces que registraron el punto ciego de su sistema de vigilancia, que era justamente la escena del crimen: la cocina.

A los criminalistas, ese error les corroía el alma. Como si un *voyeur* acechando a su objeto de deseo se tapara los ojos en el momento más caliente de la escena. Chichón ajustaba cuentas: “Mirones –los chicaneaba –, esto no pasa en Gran Hermano”.

Por otra parte, una gran cantidad de tareas habían recaído sobre sus hombros con la vuelta de los criminalistas, ya que no se reincorporó personal a mantenimiento. Esta desmesura de trabajo sólo se equilibraba por la atención que inesperadamente le comenzó a prestar Esther. Cuando ella le hablaba, algo en él se asomaba como un hongo después de la lluvia.

La pregunta sobre cuáles eran los motivos para que una mujer como ella, de un universo tan alejado al suyo, se fijara en él, no se le ocurrió a Chichón. Cegado por el resplandor de su belleza, no reparó en este otro distanciamiento social. Por ende, no vio el complot hasta que fue demasiado tarde.

La mayoría de los ontólogos forenses reflexionaban en silencio en sus despachos. Los más tradicionales incluso afirmaban que no había necesidad de otra certeza más que el convencimiento en la misma naturaleza de la evidencia, que en este caso no existía, pero no por eso dejaba de *ser*.

Esther se servía un café, Chichón la comía con la mirada.

Una escena que se repetía, pero esta vez el rencor susurraba en los oídos. Esa mujer de piernas largas, torso menudo y mirada pícaro había jugado con él a la vista de todos. La angustia lo devoraba.

Sin embargo, aún entonces, si cerraba los ojos, podía entrever las alegres conversaciones que habían tenido entre los dos. “Y la risa es como el estornudo, no se puede improvisar”, trataba de convencerse. Guardaba como un tesoro los mensajes de texto, esas palabras prohibidas que habían intercambiado. Tenía presente aquel día en que, acodados en la esquina de un pasillo, ella, con un vestido corto y negro, le hablaba como en susurros, mientras él, con el lampazo firme en la mano, oteaba las cámaras que seguramente transmitían esa imagen muda a todas las pantallas de Security Guard.

Chichón se consideraba un experto en el carácter de las personas. Si le preguntaban fuera del trabajo, él era el único detective de la empresa, el único hombre de acción, además. Trabajar en maestranza y mantenimiento sólo era una oportunidad de ingresar hasta en los pisos superiores sin ser advertido, como una sombra. La invisibilidad que le daba su trabajo, aseguraba, era la cualidad más importante de los detectives.

Sin embargo, ya era claro y evidente que lo habían emboscado y la líder de la banda, el más dulce señuelo.

El cortejo fue un engaño. Había sido sometido a un experimento social, a una burla colectiva. Él no se mostraba como un ante las cámaras como un Don Juan, sino como un bufón. ¿Habrá habido apuestas sobre si caería en la telaraña que le habían tejido?

De improviso, el criminalista de barba le tocó el hombro por detrás. ¡Su otro punto ciego!

Finalmente, lo iban a confrontar.

- Escuchá, Chichón - le dijo en tono franco mirándolo a los ojos -. Acá nos conocemos todos. Salvo en la cocina, tenemos cámaras hasta en los baños. Y no somos pichones. Hemos estudiado.

La última frase le dolió.

- No tenemos pruebas, pero tampoco dudas - presionó, admonitorio, el experto ontólogo mesando su barba puntiaguda en busca de la confesión.

Chichón hizo el gesto de sellarse los labios: “En boca cerrada”. A veces, por enderezar una pila de monedas, sólo se las echa por tierra, pensó y se mantuvo en sus trece.

Una de las características que suelen enfrentar los ontólogos forenses es que la resolución de los casos, que implicaban una reflexión metafísica profunda, requerían de una confesión. Pero eso sólo en los tribunales, porque la suya era una metodología probada y perfectamente válida en los sets de televisión. Allí, aunque el sospechoso no confesara, la condena social se producía o no se producía.

El crimen perfecto no existe. Así que las autoridades cerraron el caso antes de abrirlo, cortaron el hilo por lo más delgado y lo mandaron echar.

Cae la tarde como el telón de esta historia, y la verdad de los hechos ya está servida. “La tarta de acelga bien que valió la pena”, pensó Chichón, el vengativo.